

LIBROS

Emmanuel Carrère
V13. CRÓNICA JUDICIAL

Javier Moreno Luzón
EL REY PATRIOTA. ALFONSO XIII Y LA
NACIÓN

Peter Turchin
END TIMES. ELITES, COUNTER-
ELITES, AND THE PATH OF POLITICAL
DISINTEGRATION

Franziska zu Reventlow
APUNTES DEL
SEÑOR DAMA

Vicente Luis Mora
CIRCULAR 22

Kurt Vonnegut
CARTAS

CRÓNICA

La culpa del superviviente

por **Ricardo Dudda**



Emmanuel Carrère
V13. CRÓNICA JUDICIAL
Posfacio de Grégoire
Leménager
Traducción de Jaime Zulaika
Barcelona, Anagrama, 2023,
272 pp.

Entre 2014 y 2019, el escritor Emmanuel Carrère no tenía ningún proyecto entre manos. En *Yoga*, que publicó en 2020, narra la desesperación de esa época, su caída a los infiernos y una depresión que lo inhabilitó. Es un libro desesperado y autorreferencial: quiere retomar su actividad literaria como sea, necesita un propósito. Tras su publicación, con una acogida no muy entusiasta, volvió el vacío. Entonces le escribió un email al director de cultura de *L'Obs*, la revista en la que había colaborado en alguna ocasión, diciéndole que estaba abierto

a hacer reportajes. *Yoga* era un libro demasiado personal (todos los suyos lo son, pero este era especialmente descarnado), necesitaba salir de sí mismo. En *L'Obs* le ofrecieron cubrir el juicio de los atentados del 13 de noviembre en París, donde murieron 130 personas (la mayoría de ellas en la sala de conciertos Bataclan). Quería imponerse una disciplina y acudir todos los días al tribunal “como quien va a la oficina”.

Si importa esto es porque en la mayoría de libros de Carrère hay dos temas principales: su vida y la de los demás. A veces el personaje Carrère eclipsa a los personajes que él perfila, a menudo mucho más interesantes que él. Pero en *V13. Crónica judicial*, Carrère no ejerce de corresponsal de sí mismo. Están su voz, sus impresiones y lecturas, pero nada más. No hay autobiografía ni diario. Aquí lo que abundan son retratos excelentes. En una entrevista que le hizo Daniel Gascón en esta revista, dijo: “Si hubiera sido pintor, creo que habría sido retratista. Y en cierto modo eso es lo que hago en mis libros. A veces hay un modelo, otras veces yo formo parte del retrato, pero debo encontrar el modelo y

el lugar adecuado para colocarme, la relación correcta a lo largo del tiempo.” En este reportaje, que fue publicándose semanalmente en piezas de 7.800 caracteres, Carrère es como los retratistas de los juicios. Es un periodista que no se deja guiar por la noticiabilidad sino por lo que le interesa de cada individuo o cada tema. Por eso se permite detenerse en aspectos laterales al juicio, como la camaradería que surge entre las víctimas, que tienen grupos de Facebook, pero también entre los abogados y los periodistas. Se fija especialmente en cómo el relato del juicio se convierte en algo jurídico, cómo se convierten en derecho los testimonios de las víctimas. Porque si bien es un juicio muy simbólico, donde se da mucha importancia al testimonio de las víctimas a pesar de que no aportan mucho con respecto al auto de procesamiento (es decir, no cambian mucho la culpabilidad de los perpetradores), hay muchos matices jurídicos. ¿Cómo se cuantifican las indemnizaciones, por ejemplo? Carrère habla del concepto “angustia de muerte inminente”, que es “el sentimiento de pavor que experimenta la víctima que, entre el

momento en que ha sufrido el ataque o la agresión y el momento de su muerte, ha tenido conciencia del carácter ineluctable de su propio fin”. Es decir, que “si además de haber muerto se puede demostrar que has muerto con angustia, tu familia percibirá una suma superior”. ¿Cómo se mide esa angustia? “Es difícil de cuantificar el trauma psicológico, cuya tarifa de base son 30.000 euros, una suma que puede ser mayor. Es de 30.000 si tienes pesadillas, pero se puede pedir más –y se obtiene la mayoría de las veces– si esas pesadillas son incapacitantes, si te impiden dormir, si te hacen perder tu empleo.”

Carrère, obviamente, no se olvida de las historias de las víctimas. Le avergüenza admitir que algunas son reiterativas, que se pierde el efecto inicial cuando uno ya ha escuchado varias veces la misma historia. Pero todas las víctimas tienen derecho a hablar. Y todas sufren de manera distinta. Un joven dice: “Al salir del hospital creí que iba a aprovechar la vida el doble. Y en realidad soy como mucho la mitad del que era. Hay personas para las que debe de ser cierta la frase que te dicen siempre: ‘Lo que no te mata te hace más fuerte’, pero no para mí. Yo sigo luchando, pero, de hecho, me han condenado a cadena perpetua.” Hay otras víctimas más proactivas y activistas, hay un caso de una falsa víctima que se alzó como portavoz de las asociaciones de víctimas del Bataclan sin haber estado allí, hay un padre cuya hija murió en el atentado que escribió un libro con el padre de uno de los terroristas... Todas, en cambio, comparten la misma culpa por haber sobrevivido.

Aunque no es un libro sobre cómo se produjeron los atentados, en el juicio se desgana su logística. Es una historia sorprendentemente gris y anticlimática. Es todo ridículo y, aunque no hay humor, recuerda vagamente a la película *Four lions*. Algunos de los terroristas son claramente nihilistas y psicópatas cegados de odio,

otros parecen pringados radicalizados que son inconscientes, hasta que es demasiado tarde, de dónde se han metido. Carrère se centra en los colaboradores cuya involucración es una zona gris: el joven que falsificó los papeles, el colega que los llevó al aeropuerto para ir a Siria, pequeñas colaboraciones ingenuas o quizá convencidas que ayudaron a los terroristas. Los abogados de la defensa intentan demostrar que son criminales, no asesinos, y que forman parte de una asociación de malhechores (AM) y no de una asociación terrorista de malhechores (ATM). El matiz es importantísimo. Carrère es crítico con algunos aspectos de la ley antiterrorista, que cree que en ocasiones busca la ejemplaridad y juzga la intencionalidad sin tener todas las pruebas. También le sorprende que el único superviviente del comando terrorista, Salah Abdeslam, que se arrepintió y no hizo estallar su cinturón, recibiera la misma pena que quienes sí lo hicieron: “Si a quien no ha matado lo condenan a lo mismo, es decir, a la máxima pena que al que ha matado, todos sentimos vagamente que hay algo que no encaja.”

Carrère se hace preguntas esenciales sobre la justicia, preguntas que un periodista judicial quizá no se atrevería a plantear. Lo guían su curiosidad y su humanismo. Esto no significa que se quede en la superficie o desconozca las leyes, sino que observa todo el procedimiento desde fuera.

Todo el juicio parece absurdo (porque los veredictos estaban casi decididos de antemano) y a la vez importantísimo; es, en el fondo, un homenaje solemne a las víctimas. Como escribe Carrère, a pesar de que fueron meses de escuchar a víctimas relatar su horror, nunca tuvo ganas de marcharse: “[fue] una experiencia única de espanto, de piedad, de proximidad, de presencia”. Pero lo importante no es él, sino las víctimas, que agradecen el enorme despliegue. Como dice una de ellas, “nos han

dado un lugar y tiempo, todo el tiempo que hacía falta para hacer algo con el dolor. Para transformarlo, metabolizarlo”. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

BIOGRAFÍA

El rey que quiso ser nación

por **Pilar Mera Costas**



Javier Moreno Luzón
EL REY PATRIOTA.
ALFONSO XIII Y LA
NACIÓN
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2023, 592 pp.

“Yo puedo ser un Rey que se llene de gloria regenerando la Patria, cuyo nombre pase a la Historia como recuerdo imperecedero de su reinado; pero también puedo ser un Rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y, por fin, puesto en la frontera.” Así reflexionaba el joven Alfonso XIII en las páginas de su diario sobre la misión que iniciaba. Con dieciséis años recién cumplidos, acababa de asumir el trono en primera persona, dejando atrás la regencia de su madre. La sombra del desastre del 98 cubría la escena política y marcó al adolescente decidido que tomaba el mando. El hijo póstumo de Alfonso XII se veía a sí mismo como la esperanza de la patria. Y así lo veían los demás. “Alfonso XII restauró la Monarquía, sea Alfonso XIII el restaurador de la Nación”, pedía el diario *El Norte de Castilla* el día de su juramento. Monarca y proyecto nacional parecían fusionarse en una misma realidad. El monarca era uno solo, pero los proyectos nacionales que se hacían recaer sobre él eran muchos. El propio Alfonso fue transitando entre unos y otros a lo largo de su reinado. Esas

contradicciones acabaron por volver proféticas las reflexiones de su diario. Aunque en aquellas alturas de 1902, todo estaba por escribir.

Sobre Alfonso XIII, su reinado, sus idas y vueltas y el contexto en el que se mueve nos habla *El rey patriota*, el último libro de Javier Moreno Luzón. Pero sobre todo nos habla de la relación entre Corona y nación, fundidas en una misma silueta durante las tres décadas efectivas de la etapa alfonsina. El papel de la monarquía como elemento nacionalizador que acaba personalizando la realidad nacional se muestra como el verdadero hilo conductor de esta biografía que es mucho más que un retrato personal del Borbón. Este ensayo sigue las pautas metodológicas de las biografías externas y utiliza una trayectoria vital como recurso narrativo para analizar problemas del mundo que le ha tocado vivir. Así, se cruzan esferas de acción diversas, reconciliando por el bien de una comprensión global la autonomía e influencia del individuo con las circunstancias y estructuras de largo recorrido que definen el contexto que le ha deparado el azar.

A lo largo de su narración, Moreno Luzón nos presenta un personaje complejo, al que no niega capacidad de decidir ni de evolucionar influido por las circunstancias. Y lo hace poniendo el foco en los diversos proyectos nacionalistas que el rey personalizó o que otros actores políticos intentaron que liderase. Tiene un peso crucial en este proceso la eclosión de las monarquías escénicas, instituciones nacionalizadas y nacionalizadoras que asumieron este papel en el mundo pujante de la política de masas, donde las opiniones públicas tenían una importancia creciente y la legitimidad de la realeza ya no se justificaba por mandato divino. Una transformación que afectó a todas las coronas europeas y convirtió en armas de comunicación necesarias los rituales públicos, las conmemoraciones, los acontecimientos fastuosos de funcionamiento litúrgico, la

invención, recuperación y renovación de tradiciones, las iniciativas culturales... La propaganda se volvió idioma universal y la modernización de las viejas monarquías, imprescindible para su supervivencia. El joven rey, con su imagen moderna y deportiva, sus alardes de simpatía, sus baños de masas y su campechanía dominaba el lenguaje, lo que le permitió mantener una sólida popularidad durante buena parte de su reinado.

Ese Alfonso moderno, que se percibía como el renovador de su patria, coqueteó con las reformas sociales y se convirtió en paladín de proyectos regeneradores liberales y esperanza del reformismo institucionista. Sin embargo, incluso en sus momentos de mayor inclinación liberal, mantuvo una actitud que obstaculizaba el tránsito del constitucionalismo al parlamentarismo más avanzado: la defensa férrea de las prerrogativas regias. Desde su llegada al trono, Alfonso XIII se resistió a ser solo una figura representativa y simbólica y no renunció a la acción política. Por ello, rechazó cualquier reforma constitucional que disminuyese su poder ejecutivo. Así, taponó de manera formal el avance hacia la democracia. Tras la Gran Guerra, las posibilidades de ese tránsito se esfumaron. La Revolución rusa de 1917, la caída de monarquías o el auge del obrerismo apuntalaron su distanciamiento del liberalismo y lo aproximaron hacia posturas cada vez más autoritarias.

Por una feliz casualidad de fechas, este libro ve la luz en el centenario del golpe de Miguel Primo de Rivera. En un año en el que no faltan ni faltarán las publicaciones surgidas al calor de la efeméride, *El rey patriota* nos acerca a la dictadura de la mano de uno de sus protagonistas cruciales, el monarca que sopesó la posibilidad de convertirse en dictador y que permitió que el ejército quebrase el orden constitucional. Una maniobra que, paradójicas del destino, lo encerró en el papel representativo al que se había negado y lo

inhabilitó para encabezar la recuperación del orden constitucional cuando quiso cambiar de etapa. Su respaldo a la quiebra del sistema del que era árbitro y garante terminó por identificarlo con una España pequeñita, donde solo cabían las derechas católicas, militaristas, reaccionarias y centralistas, expulsando hacia el republicanismo incluso a los liberales-conservadores.

Con pluma ágil, los cimientos de una rica documentación, el bagaje de una larga trayectoria en el estudio de la historia cultural de la política y un despliegue de escenas narradas con un estilo visual casi cinematográfico, Javier Moreno Luzón nos regala uno de los mejores libros de historia de los últimos años. Una biografía que nos acerca a un periodo clave para entender el devenir del siglo XX español. La historia de la monarquía que fue y de la que pudo haber sido y la de un rey patriota que no logró ser el rey de todos los españoles. ~

PILAR MERA COSTAS es profesora en el departamento de historia social y del pensamiento político de la UNED. En 2021 publicó *18 de julio de 1936. El día que empezó la Guerra Civil* (Taurus).

ENSAYO

¿Crónica de unas revoluciones anunciadas?

por **Branko Milanovic**



Peter Turchin
END TIMES. ELITES, COUNTER-ELITES, AND THE PATH OF POLITICAL DISINTEGRATION
Londres, Penguin Press, 2023, 368 pp.

Durante casi dos décadas, Peter Turchin ha participado, junto a

numerosos colegas y coautores, en un proyecto que ha marcado una época: averiguar, a partir de pruebas cuantificables, cuáles son las fuerzas que conducen al auge y, lo que es más importante, al declive de las naciones, a la turbulencia y decadencia políticas y a las revoluciones. El resultado ha sido la creación de una enorme base de datos (CrisisDB) que abarca multitud de naciones e imperios a lo largo de los siglos, y varios volúmenes de los textos de Turchin (por ejemplo, *Dinámicas históricas*, con Sergey Nefedov, *War and peace and war*; he leído el primero, no el segundo).

End times es el intento de Turchin de dar a conocer al gran público lo que ha aprendido del completo trabajo en este campo que él denomina “cliodinámica”. Se trata de una obra de “alta vulgarización”, aunque el adjetivo “alta” sea a veces inaplicable, ya que, en su intento de llegar a un público lo más amplio posible, Turchin ha caído a veces demasiado bajo desde el punto de vista estilístico, dando por sentado que sus lectores casi no tienen conocimientos previos. Pero eso es una cuestión de estilo.

¿Cuál es la sustancia? Para simplificar, a mi vez: el modelo de decadencia de Turchin tiene una variable: la desigualdad de ingresos o de riqueza. Esta variable, que a menudo se aduce como fuente de discordia política, adquiere en Turchin un significado muy concreto (en este punto, debo mencionar la experiencia personal, a menudo incómoda, de personas deseosas de elogiar mi trabajo sobre la desigualdad que afirmaban que es importante porque una desigualdad elevada conduce al conflicto social, pero sin que ni ellas ni yo fuéramos capaces de precisar exactamente cómo lo hace. Ahora, Peter Turchin viene con una explicación).

El aumento de la desigualdad significa, por definición, que la persona con ingresos medianos se quedará más rezagada con respecto a la persona con ingresos medios, y cada vez

más rezagada con respecto el 10% o el 1% más rico. La persona con ingresos medianos puede ser, como en los Estados Unidos de hoy (país al que se dedica la mayor parte del libro), un trabajador del sector manufacturero o de servicios insuficientemente cualificado; o puede ser un obrero semicualificado en la Gran Bretaña del siglo XIX, o un pequeño terrateniente en la Francia de 1830 y la Rusia de 1850. Así pues, la ocupación o la clase concretas no importan: lo que importa es la posición en la escala de ingresos.

¿Qué ocurre en la parte superior de la distribución de la renta? El aumento de la desigualdad significa, también por definición, que las personas que se encuentran en la cima son cada vez más ricas en comparación con el resto, o dicho de otro modo, que la ventaja de encontrarse en el decil superior o en el percentil superior es cada vez mayor. Esto, como todo economista sabe, implica que la “demanda” de esos puestos superiores aumentará. Si la élite (el decil superior o el percentil superior) está compuesta, como en los Estados Unidos de hoy, por ejecutivos, banqueros de inversión, abogados corporativos, habrá un esfuerzo cada vez mayor por estudiar los campos más lucrativos y adoptar el tipo de comportamiento (incluidas las creencias) con más probabilidades de llevarte a formar parte de la élite. Si el número de personas que lo hacen es superior al número de puestos de élite que hay, se producirá un juego de sillas. No todos los aspirantes a la élite lo conseguirán. A continuación se produce la división de la élite, creada por los aspirantes decepcionados que luchan por los primeros puestos.

En condiciones en las que (a) la distancia entre la mediana y la cima aumenta (lo que Turchin denomina “inmiseración”, aunque es importante señalar que se trata de una inmiseración relativa; es decir, la persona con ingresos medianos puede mejorar en términos reales), y (b) existe una sobreproducción de la élite, se produce una

situación prerrevolucionaria. La inmiseración no es suficiente. Para que se produzca una ruptura, debemos tener diferentes élites luchando entre sí, con una de ellas consiguiendo el apoyo del “pueblo” (u otros) para ganar.

Incluso un conocimiento superficial de los antecedentes de las revoluciones más importantes de la era moderna demuestra que el sencillo modelo de Turchin encaja bien. Tomemos como ejemplo la Revolución francesa: el estancamiento de los ingresos y las hambrunas recurrentes se produjeron simultáneamente con una élite dividida (la aristocracia y parte del clero contra la clase mercantil de la ciudad en ascenso). En Rusia en 1917, era una parte de la aristocracia contra otra que perdió sus tierras y su riqueza tras la abolición de la servidumbre y no pudo compensarlo con empleos estatales bien remunerados. (Llama la atención la estadística del número de revolucionarios que eran nobles empobrecidos o venían de familias así.) O tomemos la Revolución iraní de 1979: el clero marginado contra la élite burguesa, que, como en el caso ruso, produjo a través de su descendencia a los futuros revolucionarios.

El modelo se ajusta bien, casi demasiado bien, a la realidad estadounidense actual. La persona mediana es el “deplorable” (por citar a Hillary Clinton), un populista (por citar a los principales medios de comunicación), un *hillbilly* (por citar a J. D. Vance) o uno de los candidatos a la muerte por desesperación (por citar a Anne Case y Angus Deaton). La desafectada y desencantada clase media baja estadounidense ha sido objeto de numerosos estudios tras la llegada de Trump al poder. La élite actual, a la que Turchin disecciona de forma casi forense, está compuesta por consejeros delegados y directores de consejos de administración, grandes inversores, abogados corporativos, “red de planificación política” y altos cargos electos (p. 203), es decir, por todos aquellos que tienen dinero y que lo utilizan para ganar voz y poder. (No en vano, Turchin sostiene

que Estados Unidos es una plutocracia que utiliza las herramientas del derecho general al voto como forma de legitimar su poder.)

Pero esa élite no es monolítica. Se ha constituido una élite aspirante (“precarizado credencial”). Hasta ahora no ha conseguido llegar a la cima y se ha definido ideológicamente en oposición a la inmigración, la globalización y la ideología *woke*. Turchin sostiene que esta élite aspirante o aspirante a élite está en proceso de apoderarse del Partido Republicano y de crear así una herramienta política para una competencia efectiva dentro de la élite. Esto, por supuesto, desagrade a la élite gobernante que disfrutó de una extraordinaria buena racha entre 1980 y 2008, ya que su visión del mundo (capitalismo neoliberal, “credencialismo” y política de identidad) fue adoptada por los dos partidos mayoritarios. Turchin considera que la lucha política actual en Estados Unidos consiste en que la clase dominante intenta (desesperadamente) defenderse de un asalto a su ideología y, lo que es más importante, a su posición económica, por parte de una élite aspirante que está consiguiendo el apoyo de la clase media descontenta.

Parece una batalla de proporciones épicas. Muchos de los signos prerrevolucionarios están ahí: sistema político disfuncional, fuertes divisiones entre partidos, falta de representación política para los de fuera. Turchin cita con aprobación el trabajo empírico seminal de Amory Gethin, Clara Martínez Toledano y Thomas Piketty, que argumenta que en todas las democracias occidentales los partidos de izquierdas o socialdemócratas se han convertido en partidos de las élites con credenciales educativas, mientras que las clases trabajadoras y medias han perdido su influencia e incluso su representación.

Turchin se muestra agnóstico —como debe ser— acerca de cuál será el resultado de la crisis política en Estados Unidos. El sistema político estadounidense ha demostrado ser extraordinariamente flexible y capaz de resistir

graves sacudidas. En cierto modo, se podría incluso pensar que las diversas “subversiones” conscientes e inconscientes de Trump redundaron precisamente en beneficio del sistema, porque mostraron su resistencia incluso cuando el presidente intentó “derrocarlo”. Pero, por otra parte, la profunda incompreensión y la falta de interés por el punto de vista de la otra parte es precisamente una de esas características de los tiempos prerrevolucionarios y Estados Unidos tiene sobradas pruebas de ello.

El modelo de Turchin se aplica a China (de la que no se habla en el libro) probablemente tan bien como a Estados Unidos. El empobrecimiento relativo de la clase media se ha prolongado durante los últimos cuarenta años. De hecho, ha ido de la mano de su fenomenal aumento del bienestar material, al ritmo de casi un 10% anual, y por ello es menos perceptible. En el extremo superior de la distribución, la clase política/administrativa que históricamente ha gobernado China se enfrenta, todavía con mucha cautela, a la clase capitalista/mercantil en ascenso. En un artículo de Yang, Novokmet y Milanovic, hemos documentado y analizado probablemente el cambio más radical —por no hablar de revolución— que se haya producido nunca en la composición de la élite. Ocurrió en China entre 1988 y 2013. El crecimiento económico ha desplazado a la clase administrativa en favor de la vinculada al sector privado (capitalistas).

El modelo de descomposición interna de Turchin adquiere así una dimensión geopolítica. La lucha por la supremacía mundial entre Estados

Unidos y China puede visualizarse entonces como la cuestión de qué sistema político se resquebrajará primero. Si lo hace el de China, tendrá que reducir sus ambiciones exteriores y aceptar el papel de potencia subalterna (a Estados Unidos) incluso en Asia. Si el sistema político estadounidense se derrumba primero, Estados Unidos se inclinara hacia el aislacionismo y tendría que consentir el poder ascendente chino en Asia, perdiendo así el poder de control en la parte más dinámica del mundo.

¿Serán correctas las predicciones del modelo de Turchin? No lo sabemos, pero creo que es importante centrarse en la lógica del mecanismo que propone y ver las próximas dos décadas como un periodo de dificultades, en lugar de pensar, como hicieron algunas personas que popularizaron los puntos de vista de Turchin en el verano de 2020, que los procesos sociales pueden predecirse con la precisión del movimiento de los cuerpos celestes.

La de Turchin es una tesis fascinante sobre la que vale la pena leer, y luego o bien ser testigo de la crónica de cómo se desarrolla, o tal vez participar para provocar el desenlace o evitarlo, porque Turchin muestra que hubo casos en los que la capacidad de anticipación de la élite y el interés propio bien entendido le permitieron capear los tiempos de dificultades. ~

Traducción del inglés de Daniel Gascón. Publicado originalmente en el blog del autor.

BRANKO MILANOVIC es economista. Su libro más reciente es *Capitalismo, nada más* (Taurus, 2020).

Fernanda Solórzano / Cine Aparte

Suscríbete en YouTube



reseñas de cine semanales
LETRAS LIBRES

NOVELA

Cuando Múnich fue la antigua Roma

por **Rebeca García Nieto**



Franziska zu Reventlow
APUNTES DEL SEÑOR
DAMA
Traducción de Alberto
Gordo
Cádiz, Firmamento,
2023, 173 pp.

Hubo una época en que Schwabing, el barrio de Múnich en el que vivieron los hermanos Mann, Rilke o Lenin, fue uno de los centros artísticos e intelectuales más importantes de Europa. A principios del siglo XX, se formó allí el Círculo Cómico de Múnich, una especie de sociedad secreta que se congregaba en torno a pensadores como Ludwig Klages, el místico Alfred Schuler o el poeta Karl Wolfskehl, muy cercano a Stefan George. Los integrantes del Círculo culpaban al progreso, la burguesía y la religión de la degeneración hacia la que, según ellos, Occidente se encaminaba de forma irremediable. Para evitarlo, había que volver a los orígenes paganos. Por aquel entonces residía en Schwabing Fanny zu Reventlow, una excondesa que llevaba toda la vida tratando de sacudirse de encima los principios, y prejuicios, que le había inculcado su aristocrática y muy prusiana familia. Aquel lugar donde se vivía “dionisiacamente” –las sesiones de espiritismo, los bailes de disfraces o las bacanales estaban a la orden del día– parecía el más apropiado para lograrlo.

Apuntes del señor Dama es un retrato de lo ocurrido en el Círculo Cómico durante su breve existencia, y, a juzgar por lo que dijo uno de los implicados, Karl Wolfskehl, uno de los más logrados. Se trata de una *roman à clef*, o novela en clave, pues detrás de

cada personaje se esconde una persona real más o menos conocida en la sociedad de la época. Al final se incluye una guía para que el lector interesado pueda saber quién se ocultaba en realidad detrás de cada máscara. En ella llaman la atención dos personajes, Susanna y Maria. Ambas, se nos dice, son en realidad la propia autora. Las dos son madres solteras y Maria, considerada “una santa pagana” por los miembros del Círculo, es conocida por vivir su sexualidad libremente, sin atarse a un solo hombre. Como ya ocurriera en su primer libro, *El largo adiós de Ellen Olestjerne* (Periférica, 2011), esta novela tiene también un componente autobiográfico importante; no obstante, sería un error que nos quedáramos ahí, tratando de buscar correspondencias entre la ficción y la biografía de la autora.

Lo primero que llama la atención de esta novela es su narrador, el señor Dama. Su nombre hace pensar en un ser andrógino, pero, a diferencia del Orlando de Virginia Woolf, no se aprecia ninguna evolución en él a lo largo de la novela. Recordemos que Orlando empieza siendo inequívocamente él, “porque no cabía duda sobre su sexo”, y acaba siendo mujer. En el caso del señor Dama, los dos sexos prácticamente se anulan entre sí, dando lugar a un narrador de “conducta apagada, neutra”. Es curioso que una de las mujeres, Susanna, no sea capaz de recordar si lleva o no bigote. Para entender por qué optó la autora por alguien tan “anodino y superficial” hay que tener en cuenta qué se proponía hacer en este libro. Es evidente que le preocupaba el género, pero no solo ese del que hablamos tanto últimamente, sino también el género literario. A lo largo del libro sobrevuela una pregunta: ¿qué formato se presta mejor a la narración de hechos en los que se ha participado? El narrador quiere ser un cronista, pero no puede eliminar por completo su “yo” por muy aséptico y neutro que pretenda ser. Tampoco se ve

capaz de escribir una novela porque los lectores siempre esperan un clímax y los hechos reales rara vez nos sorprenden por su carácter apoteósico. El libro es consciente de esta vacilación. De hecho, en un momento dado, alguien, un misterioso “nosotros” tras el que se ocultan las personas a quienes el señor Dama confió sus “apuntes”, señala explícitamente esos titubeos entre la primera y la tercera persona. Lo curioso de estos depositarios es que rara vez intervienen, salvo para comentar mediante alguna nota lo narrado y las limitaciones del señor Dama: “¡Qué miserable, qué solitario, pretencioso y ridículamente subrayado resulta el ‘yo’ narrador o vivencial! ¡Qué rico y fuerte es, en cambio, el ‘nosotros!’” A medida que avanza la novela, el señor Dama se va revelando como alguien con ciertos prejuicios. Cuando sus amigos se disponen a ir a una fiesta disfrazados de hermafroditas, él no es capaz de decidirse. Mediante una nota, los custodios del manuscrito señalan el carácter sospechoso de la relación entre el señor Dama y su criado, y sugieren que su vida habría sido más fácil, menos traumática, si se hubiera decidido a “experimentar, en plural, su biografía”.

Este tono satírico, del que no se libra ni el narrador, contribuye a aligerar, y mucho, el peso de lo filosófico en la novela (Reventlow contó con la ayuda del filósofo Paul Stern para tratar de entender las ideas de los “Cómicos”). Esto hace que la lectura resulte ágil y amena, pero también que puedan pasar desapercibidos algunos aspectos que, con el tiempo, demostraron tener cierta relevancia. En el libro se habla mucho de la sangre y se menciona de pasada que, de cara a los miembros del Círculo, era mejor ser rubio. Aunque también se ha señalado que los celos pudieron tener su importancia, algunos historiadores apuntan al antisemitismo de Klages y Schuler como causante de la disolución del Círculo. Quiero decir con esto que *Apuntes del señor Dama* es

algo más que una novela divertida en la que se parodia a una serie de “raritos” que practicaban el ocultismo y defendían el amor libre en la conservadora Alemania de Guillermo II. Tiene también un valor testimonial. En los años que siguieron a su publicación en 1913, las tesis de Ludwig Klages tuvieron cierta repercusión. Klages desarrolló una nueva filosofía de los sueños en oposición al psicoanálisis de Freud y algunas ideas suyas despertaron el interés de filósofos como Walter Benjamin. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si Klages era o no antisemita y, aunque se ha intentado, nunca ha podido demostrarse el carácter central que tuvo su *Lebensphilosophie* en el posterior desarrollo de la ideología nazi. Lo que sí parece seguro, como dijo Lukács, es que pocas veces “la razón fue desafiada de una forma tan abierta y radical” como por este hombre y sus seguidores. ~

REBECA GARCÍA NIETO es escritora. Su libro más reciente es *Herta Müller. Una escritora con el pelo corto* (Zut Ediciones, 2021).

NOVELA

Libromundo

por **Eduardo Moga**



Vicente Luis Mora
CIRCULAR 22
 Edición de Monika Sobolewska
 Barcelona, Galaxia
 Gutenberg, 2022, 636 pp.

Circular 22, de Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970), constituye un acontecimiento literario, y si España no seestease en brazos de la inercia y la mediocridad, así se reconocería. En 2021, se publicó otro libro de características parecidas, *La pasión de Rafael Alconétar*, de Mario Martín Gijón, desbordante de ambición, inteligencia y

pasión lingüística. En la historia literaria española, y en la de cualquier otro idioma, de vez en cuando aparecen libros que aspiran a sintetizar la totalidad, que ya no desean subvertir la forma en la que se representa la realidad ni se formula la literatura, sino ahondar en sus modos predominantes de expresión, desentrañar –y exponer– las raíces de los mecanismos aceptados de reproducción simbólica. No son, pues, revolucionarios, sino abarcadores y enciclopédicos; o sí son revolucionarios, pero no por vulnerar lo acostumbrado, sino por profundizar hasta la última sima de lo acostumbrado, por abrir en canal su médula e iluminar su vastedad.

En *Circular 22*, Vicente Luis Mora culmina un proyecto nacido en 1998 y que ha conocido dos publicaciones parciales: *Circular* (2003) y *Circular 07. Las afueras* (2007). Es, pues, el libro de una vida, aunque de la fecundidad de Mora, demostrada en muchos géneros –novela, ensayo, poesía, aforismo, crítica–, cabe esperar nuevas y hasta más altas entregas. En el “Prefacio de los autores” –el autor es solo uno, claro: Vicente Luis Mora; pero también las muchas personas que ha sido a lo largo de los cuarenta años que ha necesitado para escribir el libro: ellas son las que nos hablan aquí y en todo *Circular 22*; el yo contemporáneo es poliédrico y fluido–, califica las primeras versiones de *Circular* de *libro-urbe* y esta última, y (aparentemente) definitiva, de *libromundo*. (Mario Martín Gijón considera su libro una *novelaberinto*; urbe, mundo, laberinto: sinónimos.) Y, en efecto, la impresión que uno recibe al sumergirse en sus páginas es la de adentrarse en un mundo entero, cuya metáfora es la ciudad: la ciudad como absoluto; la ciudad como ente que lo absorbe y lo proyecta todo; la ciudad como alegoría del ser humano, de la efervescencia de su pensamiento y la zozobra de su alma.

Pero este propósito totalizador no se realiza unitaria o linealmente, como esas esculturas que surgen de un solo

bloque de piedra, sino de la simbiótica unión de dos opuestos: el círculo y el fragmento. Vicente Luis Mora traza su circunferencia encadenando escenas diversas, casi infinitas; el camino que construye, lo construye con saltos e interrupciones y fisuras y elipsis. Pero esa pluralidad mosaica, que incorpora las muchas ciudades que hay en (y en que se convierte, con el tiempo) una ciudad, y también los muchos yos –los “autores” del prefacio– que viven en esa ciudad, alcanza la unidad: una unidad multifacetada e inconclusa, una unidad permeable y contradictoria, pero cuya indefinición perfila estrictamente el alboroto social y la angustia existencial. En las cuatro partes del libro –“Las afueras”, cuyo título remite al poemario homónimo de Pablo García Casado, publicado en 2007: poesía objetiva, es más, objetual; “El Paseo”; “Centro” y “Derb”–, Mora suma capítulos (o viñetas o episodios o cuadros), todos encabezados por el nombre de una calle o rincón de alguna ciudad del mundo, y casi sin excepción precedidos por una o varias citas de la literatura universal, que son relatos (y microrrelatos), o breves ensayos sobre asuntos literarios, estéticos o sociales, o poemas. Muchos son dialogados; otros, enumerativos; algunos, “bibliomaquias”: meras relaciones de citas de otros autores. En todos se revela el cosmopolitismo, fundado en una actitud nómada, del escritor: cuanto hay en la Tierra, y cuanto el hombre ha creado, merece experimentarse, y de todo cabe apropiarse. *Circular 22* incorpora también cuadros sinópticos e imágenes: fotogramas de películas, fotografías, reproducciones de textos. No todos los capítulos del libro son independientes entre sí. Varios se entrelazan y desarrollan una historia singular, como la de la joven que, como no puede pagar el alquiler de un piso en Madrid, pasa las noches y algunos días en los apartamentos que le permite ocupar un amigo que trabaja en una agencia inmobiliaria. En algún lugar del volumen se dice

que estas tramas relacionadas son diecinueve. Su presencia acredita el contrapunto rítmico y estructural que persigue siempre Mora: el cordobés inyecta dinamismo a la obra simultaneando lo uno y lo otro, lo uno y su contrario, lo uno y lo mucho. En este caso, la vigencia rectora del fragmento y, a veces, como su negación vivificadora, la insurgencia de un argumento, de una sucesión ordenada de hechos, de un —lo más arcaico puede ser lo más novedoso— nudo, un planteamiento y un desenlace.

En *Circular 22*, todo lo homogeneiza la voluntad globalizadora del autor —que también podría calificarse de fagocitadora— y un estilo (o muchos estilos) del que han desaparecido las excrescencias retóricas, en particular aquellas que buscan dar al texto una factura reconociblemente literaria. Mora quiere —y consigue— que *Circular 22* sea literatura —alta literatura— sin el concurso de muletillas estetizantes, de tropos con los que uno tropieza, de un léxico abstruso o jergal. De nuevo, se funden los contrarios (algo, como toda paradoja, radicalmente poético): el carácter épico del libro, alimentado por la multitud de voces que lo integran y la permanente brega de su autor por abarcar la plenitud de la aventura humana, se construye con un lenguaje llano y fluido, culto pero no culturalista, a veces eléctrico, pero siempre limado de grandiosidad.

“Derb”, la cuarta parte del libro, constituye un libro dentro del libro: “un experimento literario de escritura en tiempo real, llevado a cabo en el año 2010”, coincidiendo con el inicio del desempeño del autor como director del Instituto Cervantes de Marrakech, que consiste en “una escritura discontinua”, durante un mes, que recoja el presente, “lo que está sucediendo en el tiempo en que se escribe”, y que “se puede *corregir*, pero no *retocar*”. Mora —que además de polígrafo es licenciado en derecho— formula aquí la sugerente teoría de *los derechos de los textos*, que es

coherente con un mundo cambiante, en el que los derechos ya no solo asisten a los seres humanos, que son quienes los han creado y sus titulares imprescriptibles, sino también a los animales y hasta a las realidades inanimadas, como la Manga del Mar Menor. ¿Por qué no, pues, atribuirse los a los objetos y las obras literarias? En “Derb”, estructurado como un diario, prosigue la andadura fragmentaria de *Circular 22*, aunque ahora basada en la autoficción. El yo del autor es quien nos habla, pero también de quien se nos habla; un personaje que vive situaciones reales o fabuladas, y que practica eso que también Jorie Graham o John Ashbery han procurado: la traducción inmediata del tiempo a lenguaje, la conversión fulminante de lo que pasa en lo que se dice, y que revela la naturaleza esféricamente lingüística de *Circular 22* y de toda la obra de Vicente Luis Mora: el lenguaje es el todo y lo único, el cuerpo y el alma, la sola certeza, la infinita realidad.

De esta convicción hay otra prueba en *Circular 22*: la edición a cargo de una dudosa Monika Sobolewska, profesora de la universidad de Lodz, que firma un “epílogo crítico”. Uno sospecha que Vicente Luis Mora se ha envuelto en su piel para aportar sus propias explicaciones teóricas, no exentas de humor, de *Circular 22*. No es la primera vez que hace algo así: en 2010, él solo compuso el número 322 de la revista *Quimera*, de la primera a la última línea: otra espléndida humorada. La apócrifa Dra. Sobolewska revela, una vez más, la voluntad omnicomprensiva de Mora, su empeño por ocupar con palabras —y con las ideas que esas palabras vehiculan— todos las facetas de la realidad, y también, o sobre todo, la faceta de los otros, que en su caso no son el infierno, sino el pretexto para que el lenguaje se expanda, para que siga nutriéndonos de vida.

Circular 22 es un libro gozoso y descomunal, cuyas 636 páginas parecen pocas: uno desearía que no se acabara

nunca, como desearía que no se acabara nunca la vida, como desearía que nunca dejase de haber lenguaje. ~

EDUARDO MOGA es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).

CORRESPONDENCIA

Las cartas de Vonnegut

por **Bárbara Mingo Costales**



Kurt Vonnegut
CARTAS
Edición y prólogo de Dan Wakefield
Traducción de Milo J. Krmpotic
Barcelona, Ediciones B, 2023, 524 pp.

En el plazo de unos días se puede circular por la vida de Kurt Vonnegut, o más exactamente a lo largo de siete décadas de su vida, leyendo las cartas que escribió a sus familiares, amigos, agentes y otras personas. Se publicaron en Estados Unidos en 2012, recopiladas, seleccionadas y editadas por su colega el escritor Don Wakefield, también de Indianápolis, y ahora acababan de aparecer en Ediciones B, traducidas por Milo J. Krmpotic. La primera de las cartas que leemos parece asentar el tono de lo que vendría después. Se la escribió Vonnegut a su familia desde El Havre en mayo de 1945, cuando tenía veintidós años y acababa de ser liberado como prisionero de guerra. En ella se reconocen ya algunos de los rasgos de sus novelas, como la ironía y la compasión, el humor socarrón que funciona como un guiño (“tú y yo estamos en el ajo, pero no me hagas hablar”), y nos ofrece un primer vistazo a los padecimientos del autor en la Segunda Guerra Mundial y especialmente en el bombardeo de Dresde, que sería el eje de la más famosa de sus obras, *Matadero cinco*. Es llamativo que ya en la breve

carta se advierte incluso una estructura similar a la del libro, con una apostilla al final de cada párrafo a la manera del famoso “So it goes” de la novela. No deja de contar las barbaridades de las que fue testigo, pero se preocupa de mantener un tono ligero para no asustar de más. La última de las cartas, dirigida a la poeta Alice Fulton en febrero de 2007, dos meses antes de morir, acaba con una frase sencilla y conmovedora que parece decantar todo lo que fue importante para el hombre, que veremos asomar en las cartas que hay en medio: “Saludos, querida Alice, mi hermana también se llamaba así” (Alice, su hermana mayor, murió a los cuarenta años; Kurt adoptó y crió a sus hijos junto con los que tuvo con Jane).

Las circunstancias de la vida del escritor son conocidas. Las cartas dan detalles que pueden resultar interesantes, además de estar escritas con su característico brinco encantador que nos es familiar y que vemos desarrollarse a lo largo del tiempo, pero quizá lo más valioso es que rematan la anécdota, están plagadas de expresiones de enfado o de hartazgo o de entusiasmo, de observaciones iluminadoras y de muestras de cariño que revelan la capacidad de asimilación fundamental para que la vida tenga algo de sentido, aunque la mayor parte del tiempo de esa vida no entendamos nada. Precisamente le escribe a su hija Nanny, que pasó una época dolida y enfadada cuando Kurt y su mujer, Jane, se divorciaron: “Puedes hacerme otro [favor] de manera inmediata al darte cuenta de que mi vida es un disparate absoluto, igual que

la de cualquier otra persona” (1975). Las cartas a Nanny forman una de las series más emocionantes, pues asistimos, qué impudicia pero qué interesante, al gran esfuerzo que pone el padre, paciente y desarmado, en ser sincero con su hija, hablar con ella como con un adulto probablemente por primera vez en sus vidas, y conseguir enderezar la relación que se ha estropeado. O que sea lo que Dios quiera, pero a medida que pasan las décadas Vonnegut expresa cada vez más abiertamente el deseo de sinceridad hacia sí mismo, de vivir de otra manera que arrastrado por lo cotidiano. Hay como un anhelo de algo verdadero y escurridizo.

Desde muy joven insiste en la importancia de vivir con los demás y de rodearse de una gran familia, pero a la vez aflora un deseo de huida. Antes del divorcio aceptó un puesto en la Universidad de Iowa, en parte para estar lejos de su familia, como acaba confesando años más tarde: “Yo era más egoísta, quería estar con adultos, para variar, y poder trabajar con menos interrupciones” (1977). No hay solución para estas contradicciones, querer estar con los demás y querer concentrarse: “Me ayudas a entender el motivo por el que los novelistas intentan evitar vivir las aventuras de esa manera. La vida real los podría abrumar con gran facilidad. Así que hacemos el sacrificio de no vivir” (1985). A partir de su estancia en Iowa estableció relaciones con jóvenes estudiantes a los que alentó en su carrera y también con colegas escritores, como el chileno José Donoso, con quien conservó siempre la amistad y a quien

están dirigidas muchas de las cartas. Por las anécdotas y su visión sobre la paranoica Unión Soviética, y por lo que comprendemos de su naturaleza generosa, es muy interesante seguir su enorme empeño de años por conseguir que Rita Rait-Kovaleva, traductora al ruso de su obra y de la de otros escritores como Salinger o Faulkner, pudiese salir de Moscú para visitar Estados Unidos. No son pocas las cartas que escribe a institutos o bibliotecas que han purgado algunos de sus libros por las quejas de los padres que los consideran perniciosos para sus hijos. La correspondencia con sucesivos agentes y editores permite hacerse una idea de las servidumbres de la carrera literaria, y hay también luminosos apuntes sobre el trabajo artístico y su vínculo con lo vital: “ningún cuadro puede llamar verdaderamente la atención si, en la mente del espectador, no hay un ser humano vinculado a él. [...] Los cuadros son famosos por su humanidad, no por su condición de cuadros” (1995) –aquí podemos pensar en la inteligencia artificial–. Y con una vis similar: “Narrar es un juego para dos, y un narrador maduro [...] es sociable, una cita a ciegas con un completo desconocido que sale bien” (2005). Brillan especialmente algunas conclusiones sobre la actitud vital: “Estoy muy cansado de la gente que examina su pasado y no encuentra nada más que heridas mortales.” Estas cartas dan ganas de leer sus novelas, pero lo mejor es la curiosidad por el mundo y por nuestros semejantes que transmiten. ¡Eso es escribir! ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2021 publicó *Vilnis* (Caballo de Troya).

LETRAS
LIBRES

suscríbese

